



# la arcilla

# PRODIGIOSA

**L**a cerámica en México es una actividad fecunda que plantea problemas artísticos y técnicos. De todas las industrias populares es ésta la que ha llegado a un mayor grado de perfeccionamiento. Cada artífice popular, a través de varias generaciones, guarda en secreto la preparación de los barros o arcillas de manufactura, la técnica del modelado y moldeado, el trazo de los dibujos y la aplicación del colorido. De este modo se logra la perfección de las realizaciones que se someten a diferentes procesos en los distintos pueblos. A través de los años, los diseños originales van siendo modificados por los descendientes de los primitivos alfareros, quienes de vez en cuando les imprimen un sello personal.

El artista popular no sólo fue impulsado, en un principio, por la necesidad inmediata de crear objetos de utilidad cotidiana sino que, una vez resuelta la urgencia de tales requerimientos, sintió una satisfacción en crear objetos decorativos que expresaran su concepto de la belleza.

Los utensilios de uso doméstico o ceremonial son presentados bajo diversos aspectos sorprendentes, pero siempre llenos de ingenuidad y de ternura. Muchos de ellos recuerdan, por su estructura, otros que se usaron en antiguos ritos y establecen contacto con tradiciones que arrancan desde la época en que florecieron las civilizaciones precortesianas. Tal es el caso de los incensarios o sahumadores y de los candeleros de arcilla, braseros para copal, etc. que se usan actualmente en los actos de veneración y culto a los muertos.

Esta misma fidelidad al pasado se observa en otros aspectos de nuestra alfarería. En el diseño, por ejemplo, se conserva el sentido estético de la época arqueológica, principalmente en regiones como Patamban y Tzintzuntzan en Michoacán; Acatlán, en Puebla; San Agustín de Flores, en el estado de Guerrero; algunas zonas de Colima y San Luis Potosí. La obra de alfarería de épocas primitivas es de tal belleza y perfección en nuestro México, que es un testimonio viviente de la capacidad creadora del hombre. La Conquista, con todo lo que implica de nuevas formas culturales, principalmente en el aspecto religioso, vino a enriquecer, con otros nuevos, los elementos expresivos del indígena. También sirvieron de inspiración los nuevos modelos orientales, traídos por la nao de China y que siguen siendo imitados en algunas partes del país, como Jalisco, Puebla, Michoacán y Guerrero.

El arte popular ha sido un medio eficiente de enseñanza para la captación de elementos cuya asimilación no se habría logrado por la vía del intelectualismo.

Cada centro alfarero imprime a su cerámica características propias, derivadas de las modalidades étnicas, costumbristas y artísticas, así como de los materiales con que cuenta para su fabricación. Es muy representativo de este fenómeno Tlayacapan, situado en la Sierra del Ajusco, donde los olleros

mezclan el barro con fibras que obtienen de las flores del tule, a fin de darle mayor consistencia; y para facilitar el desmoldaje revisten de una arena muy fina el molde. Ambos materiales son llevados de una laguna cercana al pueblo.

Los alfareros amasan las gredas con los pies, igual que en los lagares se pisan las uvas. Este trabajo requiere un cuidado especial y determinada técnica, así como cierto tiempo de maduración de la arcilla hasta hacerla adquirir la plasticidad necesaria. Luego, diestras manos modelan el barro sobre los tornos de pie o rodillos de madera. En ciertos casos, como el del obrero de Atzompan, en Oaxaca, no se usa el torno porque, experto en su oficio, el artesano da a la masa de barro un movimiento concéntrico de rotación, con la mano izquierda mientras que con la derecha levanta las paredes de la vasija. El zapoteca, con la habilidad manual que lo caracteriza, con su fino sentido del tacto y la docilidad del material que emplea, modela figuras de geometrismo perfecto. La variedad y la fantasía de las formas sin moldes que crea, son de líneas delicadas.

Santa María Atzompan es uno de los centros alfareros más importantes de la República por la tradición y la calidad de su loza engretada de verde. Son maravillosas las miniaturas o juguetes (jarritas de múltiples diseños y sobre todo animales de una sencillez y primitivismo deliciosos).

Una vez terminada la vasija hay que orearla. Viene luego el cocimiento en los hornos, labor también cuidadosa que es controlada por expertos; después el enfriamiento y por último la decoración, cuando se trata de obras que se pintan hasta que han sido horneadas. Estas son generalmente objetos ornamentales, como los conjuntos escultóricos que se hacen en Metepec, Estado de México y en Oaxaca (en los que se reproducen escenas del Génesis: el pecado original, la expulsión del Paraíso), y los candeleros-sahumadores de Izúcar de Matamoros, Puebla, en los que el barro popular tuvo gran acogida. Dichos sahumadores, vivamente coloreados, tienen como base gruesos soportes que se ramifican uniéndolos entre sus brazos imágenes sagradas, arcángeles y pastores. Sobre ramas florecidas, se agrupan por pares: corderos, pájaros, conejos, palomas y palmas. Recuerdan en su arquitectura el árbol genealógico de Cristo que tanto gustaron de representar los artistas coloniales.

En el caso de la loza engretada, los objetos se hornean dos veces, antes y después del engretado. El fuego termina la obra del artista. Agua y fuego—Tlaloc y Xiuhtecutli—son las potencias que invoca el indígena para convertir la arcilla en formas bellas, tangibles y vitales.

La decadencia que últimamente ha venido observándose en las artes populares de algunas zonas del país, es la secuela de una época industrializada en la cual se da mayor importancia al aumento de la producción que al perfeccionamiento de los objetos producidos.